Apología— Robert Barclay — 425

el verdadero sufrimiento cristiano

extracto de la Proposición XIV § vi

§ vi. Como ya se ha probado la persecución sienta sus bases en *no estar dispuesto a sufrir*. Nadie que esté dispuesto a perseguir a otro por cuestión de conciencia estaría dispuesto a sufrir por su propia conciencia si pudiera evitarlo. Sus principios le obligan, cuando tiene poder, a establecer por la fuerza lo que considera la Verdad, y a forzar a otros a aceptarla. Por lo tanto creo que es apropiado, para informar a todas las naciones, añadir aquí con brevedad algo tocante a *la naturaleza del verdadero sufrimiento cristiano*. Los testigos que Dios ha levantado en esta época han dado un testimonio muy fiel al respecto, más allá de lo que se ha conocido o practicado durante muchas generaciones desde el comienzo de la apostasía. No quiero desdorar en lo más mínimo los sufrimientos de los martires protestantes;[1] creo que caminaron con fidelidad hacia Dios según la dispensación de la Luz manifestada en su día, y muchos de ellos eran opositores absolutos de la persecución, cosa que dejan muy claro en sus testimonios .

El verdadero y fiel sufrimiento[2] cristiano consiste en declarar lo que reconocemos como verdad, y de tal manera ejercer la adoración de Dios, nuestro derecho; y no hacer más a causa del favor externo de los hombres, ni menos por temor a ellos o a leyes y decretos en su contra. El cristiano que reivindica su derecho a la libertad con osadía y firmeza,

---

[1] Probablemente Barclay se refiere a los protestantes que sufrieron en los primeros días de la reforma inglesa en el siglo XVI, plasmado en el famoso *Libro de mártires* escrito por John Foxe.

[2] Nos parece que Barclay no deja explícito un concepto necesario. No habla exactamente del sufrimiento en sí, sino de la actitud cristiana de dar testimonio o actuar según la conciencia con la disposición de sufrir si fuera necesario, de aceptar las consecuencias buenas o malas sin desviarse de la obediencia.

y además con inocencia, conseguirá la paz en su debido momento, aunque sea por derramamiento de sangre. Hay muchos testigos de que en nuestra época esto ha pasado en cierta medida, y en el futuro será más evidente al mundo, cuando la verdad tome su lugar en la tierra. Contra esta regla excelente mucho pecan aquellos que en tiempo de persecución no profesan su doctrina tanto como quisieran, como lo harían si no hubiese persecución; pero cuando consiguen que el magistrado se una a su partido, no sólo extienden su libertad al máximo sino que también procuran establecer la misma negándosela a otros.

Al contrario los testigos de Dios, despectivamente tildados cuáqueros, han ofrecido prueba manifiesta de excelente paciencia y sufrimiento cristiano. Tan pronto como Dios reveló su verdad entre ellos comenzaron a viajar de un lado al otro según Dios los dirigía, sin prestar atención a ninguna oposición, sin considerar lo que les podía pasar. Predicaban y declaraban la Verdad en mercados, carreteras, calles, templos públicos, aunque por hacerlo fueron golpeados, azotados, magullados, arrestados, y encarcelados a diario. Dondequiera que se congregaban en una iglesia o asamblea, enseñaban a reunirse en público, a puertas abiertas y no clandestinamente, para que todo el mundo lo supiera y para que pudieran entrar quienes quisieran. De esta manera se eliminó toda justa sospecha de conspiración contra el gobierno. Por su valor y fidelidad al continuar las reuniones de esta manera, (y sobre todo por la presencia y gloria de Dios manifestada en sus reuniones, terrible a las conciencias de sus perseguidores) se agotó la malicia de sus adversarios, quienes a menudo tenían que abandonar la persecución sin terminarla. Cuando los adversarios venían para dispersar una reunión, tenían que sacar a cada individuo por la fuerza, pues ellos no se sentían libres para rendir su libertad terminando la reunión bajo mandato. Además una vez dispersados, ellos volvían a su lugar pacíficamente lo más pronto posible si no se lo impedían

por la fuerza. Es más, cuando los magistrados ordenaban que la casa donde hacían la reunión fuera derribada por completo, el próximo día se sentaban abiertamente entre los escombros, y así con toda inocencia preservaban su propiedad porque era legalmente suya, y tampoco perdían su derecho de adorar a Dios. Cuando llegaban hombres armados para dispersarlos, les era imposible cumplir con sus órdenes, a menos que mataran a todos y a cada uno de los presentes. Permanecían tan juntos, apoyándose los unos a los otros que ninguna fuerza podía separar a nadie, a menos que fuera arrastrado violentemente fuera del lugar. Cuando en su malicia los perseguidores tomaron palas para tirarle escombros, ellos se quedaron inmutables en su lugar, dispuestos a ser enterrados vivos testificando por el Señor, si así lo permitía.

Esta forma de sufrimiento paciente y valeroso hizo muy pesada y agobiante la tarea de los perseguidores. Con paciencia y valor los que sufrían no se resistieron en lo más minimo, ni cargaron con armas para defenderse, ni buscaron venganza alguna. Esto golpeó duro en los corazones de los perseguidores, y atascó las ruedas de sus carros de guerra.[3] La narración de todos estos sufrimientos daría un gran libro que en cualquier momento podría ser publicado al mundo, porque ya lo tenemos todo por escrito. Después de sufrir con paciencia muchas persecuciones de muchos tipos, por fin conseguimos un tipo de libertad negativa y ahora generalmente nos congregamos sin que el magistrado nos moleste.

Fuentes: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XIV § vi (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 425-427 y Roberti Barclaii,

[3] Véase Éxodo 14:25.

Teologiae verè Christianae apologia, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 328-330.